

*Cuando la herida  
ya no duele,  
duele la cicatriz.*  
Bertolt Brecht



**E**mpezamos en el once de abril de 1928, un miércoles, en Berlín, entonces capital del Imperio y pocos años después capital del llamado Tercer Reich, una ciudad destruida al final de la guerra y dividida en dos partes: la oriental, capital de la República Democrática Alemana, y la occidental, la ciudad rival, el escaparate del mundo libre y todo eso, y ahora, desde hace un tiempo, de nuevo la capital de todos los alemanes. Maria Greßhöner, una joven de veinte años, camina con rapidez por la Leipziger Straße en dirección a la Potsdamer Platz. Con su delgado cuerpo inclinado hacia delante, la cabeza levantada al viento de la primavera y el pelo corto revuelto, pasa de prisa ante la fachada de los grandes almacenes Wertheim, construidos en los primeros años del siglo según el proyecto del arquitecto judío Alfred Messel, arianizados en 1937 y destruidos por las bombas en la Segunda Guerra Mundial; luego, en tiempos de la República Democrática Alemana fueron demolidas sus ruinas y, tras la reunificación de los dos Estados alemanes, Karstadt adquirió el terreno y se pagó una indemnización al señor Wortham, un judío de Florida. Maria Greßhöner continúa su marcha, aprieta el paso, impaciente, con los brazos extendidos para abrirse camino entre los transeúntes que se hacen a un lado. Ya de pequeña, cuando venía desde la provincia occidental prusiana en vísperas de la Navidad, tenía prisa al pasar por delante de aquella interminable fachada, una prueba de paciencia que debía superar cada año. Tirando de su madre a través del gentío, iba de un escaparate a otro donde, sobre ramas de abeto salpicadas de blanco, se mostraban las cosas más exquisitas del mundo. Todo estaba adornado con guirnaldas e hilos dorados y rodeado con cintas blancas de las que colgaban copos de nieve: sobre un Niño Jesús en el pesebre, sobre el buey y el asno y sobre los tres Reyes Magos de Oriente. Ella atravesaba la puerta rematada por arcos de piedra y entraba a empujones

en el majestuoso patio interior de mármol. Allí, apretujada entre los compradores navideños, alzaba sudorosa la cabeza con trenzas buscando las galerías circulares donde esperaba la exposición de Navidad, mientras era empujada por debajo de la gigantesca mujer de piedra que, con mano autoritaria, la señalaba. Tenía que entornar los ojos debido al aura de hojalata que, mil veces más brillante que la pálida luz del día que se filtraba a través del techo de cristal, la deslumbraba. Muy lentamente conseguía subir las escaleras, mareada por el olor a sudor de los niños y los adultos vestidos con abrigos de invierno, aturdida por el escándalo de los chillidos de los pequeños y las voces de los mayores que intentaban tranquilizarlos, harta de tanto *O Tannenbaum, O Tannenbaum*. Por fin, llegaba ante las casas de muñecas, las casitas de *Lebkuchen*, los trenes eléctricos y los juguetes mecánicos, el brillo resplandeciente por doquier. Eso se ha terminado para ella. Solo siente ya desprecio por esas baratijas capitalistas. Las mercancías vuelven idiotas a las personas. Distraen de la lucha final contra los explotadores, una lucha inminente e ineludible. Maria Greßhöner se ha comprometido con el movimiento obrero. Su actividad en la editorial forma parte de un gran combate. El objetivo es acabar con las relaciones de dominación. Herzfelde había manifestado que la editorial Malik pretendía que los proletarios reconocieran sus propios intereses. Ella tiene grabada esa declaración en la memoria. Está de acuerdo con la orientación política de la editorial y entusiasmada con su programa literario. Tiene claro que, algún día, también sus libros se publicarán aquí.

Con paso rápido llega a la Leipziger Platz. Las vendedoras de flores, con pañuelos en la cabeza, han abierto las sombrillas, a pesar de que todavía hace frío. Unos señores bien vestidos piden ramos de flores, las mujeres trabajadoras pasan al lado sin prestar atención. Maria Greßhöner se pone a la cola. Delante de ella hay un hombre de cuello grueso, con monóculo, y con las cicatrices de las luchas estudiantiles en su cara enrojecida. Ella compra un ramo de narcisos. Con las flores en la mano y la mirada de los respetables señores en su espalda, Maria Greßhöner se aleja deprisa, con aire desenvuelto.

En la Potsdamer Platz hay un tráfico incesante. Maria Greßhöner, la *girl*, la muchacha alegre con el pelo a *lo garçon*, se apresura

por la Königgrätzer Straße; a su lado circulan automóviles, ciclistas, tranvías, carros de caballos y autobuses de dos pisos. Esto es el centro del mundo, y ella tiene grandes expectativas y mucha energía. Ha venido de una región deshabitada, al este del Elba, después de poner fin de forma brusca a su juventud con apenas quince años, ella, una chica del campo sin recursos, una más de las decenas de miles de muchachas atraídas por la riqueza y esplendor de la capital. Un día se quedó paralizada en el borde de la acera. Ante ella pasaban en silencio figuras grises con cara gris y piel gris. Miradas perdidas, pies arrastrados por el suelo, proletarios, mujeres con bebés en brazos y niños de la mano, chiquillos andrajosos y en los huesos, raquíticos, sucios, descalzos. Después llegaron los policías, a caballo, repartieron golpes; luego desmontaron, hicieron detenciones, se los llevaron. Hubo gritos e insultos, pero no muy fuertes. Tampoco los niños gritaron mucho, o así se lo pareció a la espectadora de quince años llegada de provincias, porque su propio corazón la golpeaba con fuerza en su cuello. Han pasado cinco años de aquello. La rabia dura hasta que se pasa. La rabia de Maria Greßhöner no se pasó. Por eso ingresó entonces en la Juventud Comunista y hace un año ha entrado en el partido; catorce años y algunos meses más tarde será fusilada por sus propios camaradas en Saratov del Volga. Pero ahora avanza imparabile por la Potsdamer Platz. Las rítmicas voces de los vendedores ambulantes de prensa le resuenan en los oídos. A mano izquierda, las casas porticadas centenarias de Schinkel y la torre de control de la circulación con soportes de acero. El reloj indica que son las dos de la tarde, doce minutos, treinta y nueve segundos y unas décimas. Maria Greßhöner tiene prisa, siempre tiene prisa, quiere saber lo que pasa, no puede perderselo. Acelera el paso, deja atrás la fachada entre Bellevue y la Potsdamer Straße. HILDEBRAND SCHOKOLADE KAKAO, CHLORODONT WEISSE ZÄHNE, JOSTYS CONDITOREI & CAFÉ, el bloque de pisos que luego será destruido en la Segunda Guerra Mundial junto con sus anuncios publicitarios. No quedará piedra sobre piedra, la Potsdamer Platz se convertirá en un baldío, veinte años después será atravesada por el Muro, el mejor punto de observación para echar una ojeada a la parte oriental de la ciudad; a finales del siglo será el lugar de grandes obras de construcción: DAIMLER-BENZ, DEBIS IMMOBILIEN-MANAGEMENT, SONY, A & T. Ella respira profundamnte y permanece

un rato bajo la marquesina de la entrada al Café Josty. Ahora cae en la cuenta de lo que vocean los vendedores de prensa: *BZ am Mittag - Edición especial - Ataque propio del Far West en el juzgado de lo penal de Moabit - Acción de liberación comunista - Inaudita osadía de una joven terrorista - La Policía sigue una pista*. Le arranca el periódico de las manos al vendedor.

En el café, lleno de gente y de humo, en una mesa junto a la ventana, está sentado Herzfelde con su hermano Heartfield y Ottwalt, la terraza está cerrada todavía. Besa a Herzfelde y le entrega las flores. ¿No será un error?, le pregunta Ottwalt sonriendo con ironía. Heartfield les explica que hoy es el cumpleaños de su hermano pequeño, Herzfelde, doce años mayor que Maria Greßhöner. Este ha dejado a su mujer y al niño para ir a vivir con ella en una buhardilla del Kurfürstendamm. No es ningún secreto, pero no quiere que la vida privada y la actividad pública se mezclen. Por eso, le desconcierta que ella le regale flores a la vista de todos, aunque a Maria le resulta divertido. Ella observa su cara hermosa y juvenil, su boca pequeña y sus labios carnosos. Él señala el periódico que ella lleva bajo el brazo. ¿Qué dices a eso? Una joven camarada ha liberado de la cárcel a Otto Braun. Estupendo, dice ella, maravilloso. El partido está detrás de esto, comenta Ottwalt, en mayo tenía que comenzar el juicio contra Braun. La Komintern se ha... ¡Cuidado!, le interrumpe Herzfelde, aquí no estamos solos. ¡Pero si todo esto viene en el periódico!, dice Heartfield. Suposiciones, contesta Herzfelde, también se dice ahí que Otto Braun es redactor y Olga Benario taquimecanógrafa; no tienen ni idea. Wieland tiene razón, dice Ottwalt, siempre dispuesto a reconocer la superioridad de Herzfelde en los asuntos del partido. Como si hablara de algo sobrenatural, Ottwalt le cuenta una y otra vez a Maria Greßhöner que Rosa Luxemburg entregó en persona el carnet del partido a Herzfelde. Le gusta Ottwalt, se identifica con el entusiasmo de su paisano de la Prusia occidental. Es algo propio de los nuevos; ella misma no lleva ni un año en el partido. Sin embargo, le cuesta acostumbrarse al cambio de nombres de Ottwalt. El pasado febrero había aparecido en la editorial un joven llamado Ernst Gottwald Nicolas y le había contado a Herzfelde su historia personal, una más de las que tanto se veían por entonces: hijo de un párroco, miembro de una asociación estudiantil, luego militante en el Freikorps,

perseguidor de comunistas, con especial fruición si se trataba de mujeres comunistas. La interrupción de la carrera de Derecho y el cambio frecuente de trabajo le llevaron al periodismo. Poco a poco fue comprendiendo lo que habían hecho con él. Ahora le daban ganas de vomitar cuando pensaba en la gentuza con la que se había relacionado: estudiantes de instituto incitados al odio, académicos racistas, oficiales monárquicos y bandas antisemitas que querían exterminar a quienes fueran de izquierdas o diferentes. Por consejo de los camaradas de aquí, con los que estableció contacto, había empezado a escribir sus vivencias. Quería que se las publicara Herzfelde. El editor era amable pero distante. La editorial Malik estaba interesada en la literatura joven. Últimamente había publicado sobre todo a autores rusos —Gorki, Fedin, Ehrenburg, Figner, Kollontai— y en este momento se ocupaba de la gran edición de las obras de Tolstói. Asimismo, tampoco quería descuidar la literatura alemana revolucionaria. Nicolas tenía que traerle el manuscrito. A partir de entonces, el joven, bajo, corpulento y de cabeza imponente, aparecía de vez en cuando por la editorial. Si no estaba Herzfelde, iba al despacho de Maria Greßhöner y daba vueltas por allí hablando de la lucha política y de la nueva literatura. Hacía menos de dos semanas que, por fin, había llevado las primeras cincuenta páginas de su manuscrito a la Passauer Straße: el título era *Ruhe und Ordnung* [Paz y orden]. Además se había cambiado el nombre: en lugar de Ernst Gottwald Nicolas, ahora se llamaba Ernst Ottwalt. Por un instante, Maria Greßhöner había lamentado la reducción de aquel suave y a la vez sonoro nombre, luego pensó que tampoco el suyo era el más apropiado para figurar algún día en la portada de un libro. Herzfelde le había pedido que leyera el manuscrito de Ottwalt. A juicio de ella, no se trataba de una gran obra de arte, pero era importante, había que publicarla. Él estuvo de acuerdo. Ella no le dijo nunca a Ottwalt que había intervenido en favor de su manuscrito, aunque con toda seguridad eso no habría evitado que él la denunciara en un futuro entonces inimaginable. Quizá solo lo hizo para salvar su propia cabeza. ¿Quién puede saberlo después de tantos años?

Ottwalt les pregunta si saben algo de Olga Benario. Herzfelde dice que está en la dirección de distrito de las Juventudes, responsable de agitación y propaganda. No ha cumplido todavía los veinte

años. No es el prototipo de una pistolera, opina Heartfield, ¿cómo ha elegido el partido a alguien tan joven para esa acción? Yo la he visto un par de veces, dice Maria Greßhöner. El año pasado estaba todavía en la dirección del distrito de Neukölln. Luego, con diecinueve años, se incorporó a la Junta Directiva de todo Berlín. Me acuerdo de una reunión de las juventudes en la que soltó tantas maldiciones que los camaradas de más edad se sonrojaron. Pues sí, podría ser una pistolera, comenta Heartfield. Tiene una cara como las de Modigliani, dice Maria Greßhöner, alargada y melancólica, con ojos azules. A juzgar por lo que dice el periódico, añade Ottwalt, Olga Benario ha rescatado al camarada Braun de la misma oficina del juez de instrucción. Hay que imaginarse el cuadro, exclama: guardias armados en los pasillos, funcionarios de justicia, todo lleno de policías. Toda la institución ridiculizada por una chica de veinte años con una pistola descargada. Van a hacer todo lo posible por atraparla, dice Herzfelde. Sin embargo, aún habrían de pasar algunos años antes de que atraparan a Olga Benario y la gasearan en el campo de concentración de Bernburg.

Heartfield habla con Ottwalt sobre la portada de *Ruhe und Ordnung*. Herzfelde y Maria Greßhöner se marchan. Una mujer joven, sola ante una mesa de mármol redonda sobre la que se extienden papeles junto a la taza de café y la jarrita de crema de leche, les hace un gesto de saludo. Ya en la escalera, Herzfelde pregunta quién es. Ruth Rewald, dice Maria Greßhöner. Ha estado hace poco en la editorial y te ha presentado un proyecto de libro juvenil. Herzfelde no consigue acordarse. Quiero hablar con ella un momento; vuelvo enseguida. Maria Greßhöner regresa al café. Ruth Rewald, encantada, la invita a sentarse. Maria Greßhöner pregunta si ya ha visto la edición especial de los periódicos. Extraordinario, dice Ruth Rewald. Fantástico, dice Maria Greßhöner. Una locura, dice Ruth Rewald. Se ríen las dos, Ruth Rewald tiene un hoyuelo en la barbilla. ¿Nos tuteamos?, pregunta Maria Greßhöner. Pues claro. Quisiera saber, dice Ruth Rewald, de dónde ha sacado Olga Benario esa valentía. Me gustaría ser así de atrevida. A mí también me gustaría, pero ¿cómo lo conseguimos? Ruth Rewald propone la fundación de una asociación de mujeres atrevidas, con Olga Benario de instructora. Durante un tiempo, no podrá aparecer en público, dice Maria Greßhöner. ¿Cómo va el proyecto de tu libro? Tengo

muy poco tiempo, Ruth Rewald señala los papeles sobre la mesa: mis estudios de Derecho. Trabaja también en la Asistencia Juvenil, que es realmente lo que la ha motivado a escribir estos libros. Allí trato, dice, sobre todo con chavales. Sienten rabia contra todo: la República, los plutócratas, los cerdos comunistas. Leen el libro de Hitler, o quizás sus diez primeras páginas, y se consideran ya una raza pura, y quieren entonces dar palizas a los judíos y tirarse a sus mujeres. La mayoría han pasado por situaciones miserables. Son imposibles, no se puede hablar con ellos. Si pudiera conseguir que leyeran algo distinto de esa literatura nazi de pacotilla... En el instituto la consideraban una escritora con futuro. ¿Por qué no escribir entonces un libro para jóvenes? ¿Por qué no presentar un contraejemplo, esto es, chicos que vivan aventuras en común, que aprendan lo que es la solidaridad y se relacionen pacíficamente con extraños y con gente de diferentes ideologías? Ahora, cuando lo explica, el proyecto le parece abstracto e idealista. Eres demasiado exigente, dice Maria Greßhöner, no debemos desanimarnos antes de empezar. ¿Tú escribes también? Maria Greßhöner asiente. Uno de sus relatos breves está a punto de publicarse en Kiepenheuer. Un lector, Hermann Kesten, está haciendo una antología con trabajos de escritoras y escritores noveles para esa editorial. A Ruth Rewald le parece estupendo. ¿Quiénes más están en ella? Ernst Toller, Anna Seghers, Joseph Roth, Kästner, Marieluise Fleißer, Horváth. Yo soy la más joven; necesito entrenarme para ser más atrevida. Ruth Rewald quiere saber qué ha escrito. Maria Greßhöner titubea, luego le tiende un sobre arrugado que contiene varias páginas escritas con letra apretada. Lo llevo siempre conmigo, dice, por si se quema la casa. Ruth Rewald comienza a leer. Maria Greßhöner pide otro café y se enciende un Camel. Observa el óvalo perfecto de la cara de Ruth Rewald, enmarcado por un pelo castaño que le cae sobre el lado izquierdo de la frente, las estrechas líneas de las cejas, los grandes ojos, la línea de la nariz, los labios, el hoyuelo en la barbilla. Una cara juvenil donde la vida no ha dejado todavía huellas visibles.

Veinte minutos después, Ruth Rewald alza la vista. ¿De dónde has sacado esto? ¿Qué quieres decir? Ese tono, ese ambiente de tedio, la vida en el campo como en un infierno. ¿A ti qué te parece? Yo no sé, dice Ruth Rewald, es amargo y penoso, los personajes son grotescos. Lee el manuscrito en voz alta: «Mehlgast está despierto.

Parece un epiléptico. Sus mejillas están hinchadas. Tapado solo hasta los muslos, con su gruesa cabeza ligeramente levantada, se queda un cuarto de hora con la mirada fija en los retorcidos adornos del pie de la cama. Está absorto. Reflexiona». Es como un dibujo de Grosz, dice. Maria Greßhöner asiente. Si esto lo hubiera escrito un hombre, no me sorprendería mucho. Pues de eso se trata, dice Maria Greßhöner con brusquedad, yo quiero escribir como un hombre, ¿por qué tienen que escribir las mujeres de forma diferente? En el arte, pregunta Ruth Rewald, ¿no hay diferencias entre hombres y mujeres? ¿Qué diferencias?, pregunta Maria Greßhöner, lo que está bien escrito, está bien escrito. Puede ser, dice Ruth Rewald, pero ¿quién decide lo que está bien escrito: tú o Herzfelde? ¿Hoy o dentro de diez años?, pregunta Maria Greßhöner. Se ríen. En literatura juvenil, dice Ruth Rewald, puedo escribir como quiero, a los señores críticos no les interesa. Maria Greßhöner asiente: la literatura juvenil, por muy buena que sea, se considera literatura femenina. También sobre eso, dice Ruth Rewald, volveremos a hablar dentro de diez años. Veo que nos esperan dos grandes carreras literarias, dice Maria Greßhöner, lo conseguiremos, seremos famosas. Ruth Rewald, cuya trayectoria literaria terminaría en Auschwitz antes de lo pensado, de igual modo que la de Maria Greßhöner acabaría antes de tiempo en la Unión Soviética, asiente con una sonrisa. Tengo que irme, dice Maria Greßhöner, solo quería hablar contigo sobre la pistolera, y señala con el dedo la edición especial del periódico. Hasta pronto, dice Ruth Rewald, mañana vuelvo a Heidelberg, a la universidad. Si te encuentras con Olga Benario, háblale de la asociación de mujeres atrevidas.